

FERMÍN A. RODRÍGUEZ

# Un desierto para la nación

La escritura del vacío



ETERNA CADENCIA  
EDITORIA



© Paola Cortés Rocca

FERMÍN A. RODRÍGUEZ nació en 1967 y creció en Monte Hermoso, provincia de Buenos Aires. Estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires –donde ejerció la docencia hasta 2006– y Literatura Comparada en la Universidad de Princeton. Publicó en colaboración con Gabriel Giorgi *Ensayos sobre biopolítica* (2007). Es traductor y crítico literario, y escribe con regularidad en la revista *Los Inrockuptibles*. Actualmente, enseña literatura latinoamericana en la Universidad Estatal de San Francisco.

FERMÍN A. RODRÍGUEZ

# Un desierto para la nación

La escritura del vacío



ETERNA CADENCIA  
EDITORIA

## ÍNDICE

|   |     |
|---|-----|
| Prólogo   | 13  |
| I. INTRODUCCIÓN AL ESPACIO  | 21  |
| Contar de cero  | 23  |
| 1. Humboldt y la ciencia romántica  | 31  |
| Ilustraciones 31; Lentes 36; La reinención de América 39; Contar el mundo 42; La ciencia como arte 44; Planos desiertos 47; Desvíos I. El geógrafo artista: <i>Un episodio en la vida del pintor viajero</i> , de César Aira (2000) 52; Desvíos II. Un desierto que enloquece: <i>Las nubes</i> , de Juan José Saer (1997) 58 |     |
| 2. Darwin y la nueva prosa del mundo  | 67  |
| La pampa de los ingleses 67; Afectos 69; Lo sublime y más allá 75; Historia natural, naturaleza histórica 77; La nueva prosa del mundo 80; Grandes planes 84; Desvíos III. Una novela darwinista: <i>La liebre</i> , de César Aira (1991) 88  |     |
| 3. Tiempo perdido: William H. Hudson  | 95  |
| Saber perder 95; Días de ocio en la Banda Oriental 100; Migraciones 103; <i>Argumentum Ornithologicum</i> 107; Ver y perder 111; Hudson, el memorioso 114; Redes 116; La máquina estética 119; Ganado perdido: un naturalista en el matadero 120; Desvíos IV. El degollador de mariposas 122                                  |     |
| 4. El naturalista nacional  | 127 |
| Patria y ciencia: la naturaleza de la patria 127; El naturalista argentino y la tradición 132; Desvíos V. Bruce Chatwin, coleccionista 137  |     |

|   |     |
|---|-----|
| 5. El viaje económico   | 147 |
| No vengan 147; Repetido 153; Desvíos VI. La Australia argentina: <i>Los hijos del capitán Grant</i> , de Jules Verne (1867-1868) 155; La poesía del capitalismo 162; Economía narrativa 165; Atrasos 169; Consumo 172; Medir la barbarie 175; Desvíos VII. Gasto improductivo: <i>Ena, la cautiva</i> , de César Aira (1981) 179; Una revolución 183; Contando hectáreas 187; Desvíos VIII. Ráfagas de vida 190 |     |
| INTERLUDIO  | 197 |
| Reserva 199; La pampa se mueve 204; Funes, el rastreador 206  |     |
| II. UN DESIERTO PARA LA NACIÓN: POBLAR  | 209 |
| País, paisaje: una realidad lisa y llana  | 211 |
| 1. Paisaje y política: Esteban Echeverría   | 213 |
| Mapas 213; Riqueza latente 215; Ver... no ver 217; Límites 218; La mirada del paisaje 221; Malón 223; Blanqueo 226; La vida de la muerte 229  |     |
| 2. Excesos de vida: Rosas, Sarmiento  | 233 |
| 2.1. El Héroe del Desierto: Juan Manuel de Rosas  | 233 |
| Poder sin límites 233; El desierto de las Luces 236; Allanamiento 241; Militarización de la pampa 244; Sin novedad 246; Seguridad 248; Dictadura 250  |     |
| 2.2. Un nuevo mundo en política: Sarmiento  | 253 |
| La carreta de la imprenta 253; Ocupación 255; Exceso de vida 258; El llamado del desierto 261; Hacerse el gaucho 264; La dictadura de movimiento 267; Vencer, avanzar 270; Desvíos I. El geógrafo de la Confederación 273; La pampa gringa 276; Sueños de la llanura 282; Desvíos II. ¿Quién llegará primero? (1889) 289; Desvíos III. La frontera Oeste (1893) 292   |     |

|   |     |
|---|-----|
| 3. Vida precaria: frontera  | 297 |
| 3.1. Gauchos: <i>Martín Fierro</i> , de José Hernández  | 297 |
| Una literatura para el desierto 297; Entre la escritura y la voz 299; Vida animal 303; Omisión 307; "Cenizas" naturales 310   |     |
| 3.2. Indios   | 312 |
| Cartografía nómada 312; Poder perder 313; Desvíos IV. La dinastía de la liebre: <i>La liebre</i> , de César Aira 317; Igualdad guerrera 318; Retirada 320   |     |
| 3.3. Ejércitos  | 323 |
| Prisiones al aire libre 323; Los señores de la frontera 325; Desvíos V. Mal viaje: <i>Los sueños del Señor Juez</i> , de Carlos Gamerro (2000) 327; Ejecuciones: Lucio V. Mansilla 331; Desvíos VI. Caballos expiatorios: <i>Nadie nunca nada</i> , de Juan José Saer (1980) 336; La frontera avanza 341; Topografía y ficción: <i>Una excursión a los indios ranqueles</i> 344; Una novela de espionaje 349; Pulsión oral 352; Calaveradas 355; Desvíos VII. Escalas narrativas: <i>El vestido rosa</i> , de César Aira (1984) 357 |     |
| 4. Campañas   | 363 |
| 4.1. La guerra defensiva: Adolfo Alsina y Alfred Ébélot   | 363 |
| Olor a espacio 363; Los gringos adivinos 368; Agrimensores y urbanistas 372; Un bello tropiezo 376  |     |
| 4.2. La solución final  | 380 |
| Lo inmensurable 380; Nomadología del Estado 382; Desvíos VIII. Un paseo militar: Sarmiento y la campaña del desierto 388; Sus órdenes son mis deseos 393; Estado y novela 396; Remington al pecho 398; Naturaleza muerta 402; El fin del desierto 404   |     |
| 4.3. Epílogo  | 405 |
| Soñadores 405   |     |
| Agradecimientos   | 409 |

## PRÓLOGO

Se trate de proyectar un país, poblar, fundar una tradición, trazar límites, hacer fortuna, ir a la guerra, huir de la justicia, soñar con otra vida o imaginar ficciones, salir al desierto ha sido un paso que viajeros argentinos y extranjeros, hombres de negocios, de estado, de armas, de letras, de trabajo o de ciencia no han dejado de dar. Un extenso relato territorial disperso en libros de viaje, ficciones naturalistas, partes militares, informes topográficos, crónicas periodísticas, tratados diplomáticos, leyes territoriales, historias de vida, comentarios de costumbres, tasaciones, escrituras, cotizaciones, estadísticas, archivos judiciales, ensayos de interpretación nacional, poemas, leyendas y novelas, creció y pobló de inscripciones múltiples los huecos de una geografía vacante abierta a la imaginación. Si pudiera cartografiarse, en sus cruces y desvíos, la fuerte trama de huellas que fueron escribiéndose no solo en los libros sino directamente sobre lo real bajo la forma de rumbos, movimientos de cuerpos y de masas, relevamientos topográficos, agrimensuras, tasaciones, asentamientos, métodos de observación, técnicas de registro, fundaciones y trazado de fronteras, algo más amplio, más heterogéneo, más fluido que una obra o que un género podría aparecer: el desierto como una suerte de artefacto discursivo que provee

las imágenes en torno a las cuales se hace, se deshace y se rehace el sentido vacío de lo argentino.

Depósito sedimentario de materiales geológicos, biológicos, sociales y lingüísticos cristalizados y organizados por la historia, el desierto ha sido una especie de laboratorio onírico de imágenes virtuales que no ha dejado de producir todo tipo de enunciados. ¿De dónde viene esta potencia virtual, esta agitación imaginaria que contrasta con la desnudez, la monotonía, la sobriedad de una tierra que se resiste a su traducción como paisaje? Charles Darwin, entre otros, no termina de entender por qué después de haber dado la vuelta al mundo, las desoladas llanuras del sur del continente ocupan tanto espacio en su memoria. “Difícilmente puedo analizar estos sentimientos –anota al final de su *Diario* el joven naturalista del HMS Beagle, en viaje de medición alrededor del mundo–, pero en parte dimanaban del libre campo dado a la imaginación”<sup>1</sup>. Tal vez ese despojamiento, esa “ausencia de paisaje” que ponía a prueba la imaginación, sea la condición o el soporte para que una proliferación de imágenes ondulara sobre el horizonte. Comentarios como el de Darwin hicieron crecer el desierto y enseñaron a desear un espacio investido por líneas de todo tipo con el poder de arrastrar la imaginación hacia un afuera sin cierre ni medida. Porque no hay espacios vacíos: fue la continua superación de la frontera lo que convirtió un espacio en vacío, abierto a la conquista y a la representación por ficciones territoriales que, saltando por encima del límite entre las palabras y las cosas, hicieron lo que sus enunciados decían.

Sarmiento describió en *Facundo* un desierto que no conocía más que por libros de viajeros, novelas de Cooper y relatos de arrieros, como un mundo informe de fuerzas múltiples que

<sup>1</sup> Charles Darwin, *Diario del viaje de un naturalista alrededor del mundo en el navío de S.M., “Beagle”*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 1997, p. 448.



se consumen en el terror y la violencia de la guerra civil. El desierto era un territorio disgregado pero no solitario, una soledad paradójicamente poblada de tribus vagabundas y bandas de jinetes nómadas lanzados a la carrera por un espacio sometido al terror del caudillo. Ni crónica ni descripción, *Facundo* representa una táctica discursiva que sirve para entrar y orientarse en el territorio del enemigo. “Desierto” es entonces el nombre para una ausencia de política, una operación discursiva con el poder de atrapar la imaginación al evocar, en negativo, la plenitud ausente de un estado-nación por venir: donde había virtualmente un desierto –multiplicidades salvajes sin orden ni medida, mundos posibles, pueblos futuros– el estado-nación debía advenir, como si se tratase, literalmente, de un llamado o de la ejecución de una orden.

Los proyectos de lo que Tulio Halperín Donghi llamó una nación para el desierto argentino hubieran sido imposibles si previamente la imaginación pública no hubiera hecho el acopio de un desierto para la nación: un bien territorial y textual que el estado y la literatura argentina no han dejado de reparitarse desde su fundación, según violentos procesos de actualización. ¿Qué sutilezas, qué mecanismos, qué resabios teológico-geográficos fetichizan un paisaje que, más que en la percepción “errónea” de letrados y agentes imperiales del siglo XIX, aparece como un desierto en los pliegues de la propia realidad social? Es curioso, pero el hecho de que bandas de jinetes nómadas, indios, gauchos solitarios, partidas de soldados, desertores, arrieros, caravanas de carretas, viajeros criollos y europeos, pulperos, estancieros y peones poblaran la llanura con sus idas y vueltas, no fue suficiente para romper el desierto teórico formado en el cruce de discursos científicos, políticos y económicos. Lejos de quedar comprometido, el desierto fue estetizado y puesto a punto por las prácticas de vacío de una economía de mercado que vive de realizar sus excedentes y que, con eje en las grandes ciudades, propagó la escasez y la

carencia por una llanura no estatizada hasta 1880, con la “solución final” de Julio A. Roca. Virgen por definición, porque la experiencia no empañaba la virtualidad del concepto, el paisaje se describe negativamente por un catálogo de privaciones donde la geografía se va volviendo una sola cosa con lo imaginario: sin árboles, sin cultivos, sin montañas, sin límites naturales, sin habitantes permanentes, sin viviendas, sin espíritu de progreso, sin vías de comunicación, sin instituciones, sin sentido de la autoridad, sin tradiciones, sin historia.

A principios del siglo XIX –punto de partida de este relato–, el orden colonial se está derrumbando, barrido por nuevos flujos de hombres, materias y enunciados que, liberados de su anclaje a los antiguos códigos territoriales del Virreinato, se derraman por un espacio excesivo. Había que hacer espacio y dejar circular flujos de saber, de ideas, de intercambios comerciales, de materias primas y manufacturas, de hombres de campo y jinetes seminómadas no sometidos a un poder central ni codificados todavía por un mercado de trabajo. El desierto multiplica los espejismos, que crecen sobre un territorio que se expande y desafía los límites de la imaginación: tierras sometiéndose dócilmente a la producción, nuevas poblaciones rompiendo la soledad, distancias dominadas por la navegación de ríos y más tarde por el tren, habitantes disciplinados por el trabajo y el consumo, campos sin dueño donde comenzar de cero. Contemporáneo de Balzac, el desierto se desplegó a la manera de un *milieu*, una territorialidad artificial y vacía que se articula y rearticula incesantemente, donde la naturaleza en el sentido de los elementos físicos está imbricada con la naturaleza de una población deambulatoria que había que disciplinar espacialmente.

La literatura del desierto alimentó y fue alimentada por ese potencial soñado que ondulaba sobre el desierto. Más que describir o narrar, más que crónicas o descripciones, los libros del desierto formaron parte del paisaje y de su historia,

trazando las coordenadas sensoriales y conceptuales que había que atravesar para ver y hablar de una tierra chata y sin pliegues. Allí sobreviven, sedimentadas, las imágenes que, a la manera de un señuelo, atraían una imaginación sin límites. Abundan en ellas territorios bien delimitados, descripciones y clasificaciones minuciosas, paisajes encuadrados por el marco de conceptos científicos, económicos, políticos, estéticos. Pero otra cartografía latente hecha de movimientos turbulentos y migraciones de líneas trabaja las representaciones, abriendo en el discurso espacializaciones nebulosas y distribuciones nómadas que rechazan cualquier codificación o taxonomía. Malones, montoneras, deserciones, exilios entre los indios, violencia política, catástrofes naturales, estampidas de animales salvajes, robo de ganado, tráfico de armas y de ganado, son fuerzas turbulentas que vienen del desierto a erosionar las representaciones y a esquivar los saberes. Y en un mundo desterritorializado donde el cuerpo vacío del capital corre ávidamente detrás de los flujos, todo aquello que no se deja inscribir en nuevos circuitos de producción o de consumo debe ser exterminado, porque un flujo que no se deja domesticar o alcanzar pone en peligro el precario equilibrio de la sociedad.

Analizar la literatura en términos de espacio supone entonces captar dos movimientos a la vez: por un lado, el trazado y la actualización de límites y clasificaciones, la recodificación de la tierra como propiedad privada, el registro y control de movimiento de cuerpos por el espacio, el esfuerzo político por capturar los flujos no ligados a la tierra, la creación de territorialidades artificiales para ligar los hombres a un medio. Por otro lado, el poder de movimientos de los nómades, la huida hacia el desierto de formas fluidas, la velocidad y la imperfección de líneas inacabadas y en fuga, líneas virtuales de liberación y de terror, de vida y de muerte. Los libros sobre el desierto están hechos de cruces, de materias

más o menos formadas, de sedimentaciones significativas y zonas de erosión, de enunciados anónimos, de condensaciones de la experiencia, de diferencias de velocidad que alejan o acercan enunciados sobre un plano de transformaciones. Textos alejados en el tiempo se llaman a distancia, según conexiones imprevistas. Los cuadros de Humboldt se prolongan en un libro de ficción donde un pintor naturalista viaja en busca de un malón; el viaje científico de Darwin se cruza con la campaña al desierto de Juan Manuel de Rosas; el tigre que enfrenta Facundo reaparece en las notas sobre la fauna de la llanura de Hudson; el viaje de un agente comercial inglés a Buenos Aires se cruza con el viaje del joven Echeverría a Europa; la crónica literaria de la expedición de Mansilla a los ranqueles se desdobra en un informe militar. La técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas recomendada por Borges servirá para producir zonas de indeterminación donde lo virtual y lo actual, la historia y la ficción intercambian materiales. Todos los libros son uno solo y forman un plano continuo de historias divergentes. Cualquier parte reenvía a un todo que cambia de forma, según una cartografía fluida que se resiste a su ordenamiento lineal.

Cargada de instrumentos de poder, procedimientos de investigación, métodos de observación, técnicas de registro y de acumulación de saber, la literatura ha salido al desierto a explorar, a medir, a describir, a nombrar, a cartografiar el territorio enemigo, a fijar tradiciones, a ordenar la nación y convertir lo argentino en una evidencia visual. Pero la literatura también viene del desierto para rechazar los límites, aliada de sus flujos, de sus intensidades virtuales, de sus fuerzas desligadas que invaden la representación y desorganizan las jerarquías, los contornos, los límites de los mapas estatales. Por su poder de decirlo todo, de conectar eslabones semióticos, científicos, estéticos, circunstancias políticas y luchas sociales; por su capacidad de conectar un punto del pasado con el presente

y multiplicar dimensiones de la realidad, la literatura sirve para moverse de una punta a otra del desierto, para orientarse y perderse, para entrar y salir de él por cualquier lado.

*Un desierto para la nación* es menos una historia que una cartografía de algo que podría haber sido y no fue: uno o varios países coexistiendo en un espacio abierto y sin medida; un mundo repleto de vidas que no se identifican con el Estado ni con el mercado, libre de necesidades y de toda sujeción a la autoridad. ¿Qué queda de ese potencial soñado, en este cementerio de enunciados pulidos y emparejados por la repetición donde yacen, semienterrados, sueños de trabajo no alienado, de sustracción, de comunidades sin gobierno fundadas en la solidaridad y en la cooperación? ¿Hay algún futuro en nuestro pasado más remoto, hoy que brotes de soja y de nacionalismo reaccionario emergen del suelo y se actualizan al costado de la ruta, en una pampa reconvertida en una enorme aceitera? Las villas miseria son actualmente los nuevos blancos en los mapas, los nuevos mundos “sin historia” poblados de formas desconocidas de vida comunitaria, mientras que el desierto crece en los intersticios de campos que se sojizan aceleradamente a costa del desplazamiento, cuando no del desalojo, de comunidades rurales enteras forzadas a arrendar sus tierras a *pooles* de siembra multinacionales.

Frente a un paisaje abandonado a las fuerzas regresivas del mercado, la nueva naturaleza capitalista está más en contradicción que nunca con las nostálgicas imágenes del campo que todavía hechizan la imaginación social. Pero los poderes que alimentan estos sueños son los mismos que impiden su realización. Hay que volver al desierto para despertar de estas imágenes, superándolas. Hay que ayudarle a la historia a mantener sus promesas.

FERMÍN A. RODRÍGUEZ  
Monte Hermoso, mayo de 2010



FERMÍN A. RODRÍGUEZ

## Un desierto para la nación

A principios del siglo XIX, con el fin del orden colonial y la necesidad de expansión que impone el avance del incipiente capitalismo, el territorio de lo que pronto se convertiría en la Argentina es percibido como un desierto, un patrimonio tanto territorial como textual que el estado y la literatura argentina no han dejado de repartirse.

Con un enfoque deleuziano, Fermín A. Rodríguez construye una obra “esencial para comprender la geografía imaginaria del interminable y múltiple desierto argentino” (*Ricardo Piglia*). Un recorrido cabal por la literatura del desierto (desde Humboldt, Hudson y Darwin, pasando por José Hernández, Lucio V. Mansilla, Sarmiento y Rosas, hasta Saer, Aira y Gamberro); por esos textos que proporcionaron las maneras de ver y pensar un espacio que se leía como vacante frente a la ausencia de un estado-nación que lo regulara, pero que no estaba justamente vacío.

*Un desierto para la nación* es, como afirma su prólogo, “menos una historia que una cartografía de algo que podría haber sido y no fue: uno o varios países coexistiendo en un espacio abierto y sin medida”.

ISBN 978-987-1673-15-5



9 789871 673155